

Mota, un año más (¿será el último?)

En estas tierras no hay como ponerse de moda para que te traigan y te lleven, conferencia va y conferencia viene. Por razones misteriosas, un señor llamado Pedro Farias y que no tiene nada que ver con Cuenca ha venido ultimamente un par de veces a enseñar doctrina y, por lo que parece, seguirá viniendo, si sus enlaces continúan funcionando eficazmente. Como decía alguien, en Mota del Cuervo, esperando su llegada, "lo veremos de procurador". O de senador, cualquiera sabe.

Aparentemente, este año había en Mota del Cuervo menos gente que en ocasiones anteriores, para conmemorar el aniversario del famoso discurso de José Antonio Primo de Rivera cuando el período fundacional de la Falange. Al menos, a la hora de la corona y las rosas, la plaza estaba menos llena que otros años. Luego, en el salón, resultó que no: se completó hasta la bandera. Previamente hubo el habitual desfile ciudadano por las calles de la localidad manchega, con bandas de música y majorettes incluidas, porque en los últimos tiempos, las señoritas de las piernas al aire están resultando imprescindibles para cualquier festejo que se precie.

Un estilo para el año dos mil

Aprovechó Pedro Farias la ocasión para colocar en la puerta del salón una mesa con ejemplares de su libro "Breve historia constitucional de España", de los que vendió algunos ejemplares.

Luego tuvo ocasión el respetable público asistente de oír otra vez el relato de los hechos ocurridos cuando José Antonio se acercó a la Mota, en la voz respetable de Isidoro Valbuena, superviviente de aquella jornada.

Pedro Farias lo hizo bien, de cara al calor popular. Quizá sabía lo mal que quedó su antecesor en la tribuna, Jaime Delgado, que el año anterior quiso renovar el repertorio hablando de cosas tan insólitas como la cultura. No cayó en la trampa el nuevo orador y acertó, dando a los congrega-

dos emoción a raudales, fervor verbal, expresividad física y grandilocuencia dialéctica, a partir del supuesto de que capitalismo liberal y el marxismo materialista son corrientes en franca decadencia. En su ayuda vinieron los sociólogos de la Universidad de Harvard que han encontrado la piedra filosofal de la política: la doctrina joseantoniana es, justamente, lo mejor que se puede esperar para el año dos mil.

En pleno apasionamiento, agobiado por la torrentera de palabras, Pedro Farias tuvo un detalle espectacular: se quitó la incómoda chaqueta y así, en plan descamisado y el pecho descubierto (mediante ligeros toques para que la camisa se abriera bien) consiguió el no va más del entusiasmo colectivo, a través de repetidos aplausos cada vez que se citaban las frases ya conocidas que aluden a la conjura exterior, los capitalistas chupones del régimen, la injusticia social y demás.

Un fallo

De todos modos, es malo meterse en un avispero sin ir preparado y Pedro Farias, encantado seguramente



UN AÑO MAS, ¿EL ULTIMO?



¿UN ESTILO PARA EL AÑO DOS MIL?

por el clamor que acogía sus palabras, ignoraba de dónde venían la mayor parte de los aplausos. Por eso no se le ocurrió otra cosa que reclamar la posesión sobre la doctrina de José Antonio, salvándola del rapto a que quiere someterla la ultraderecha. Y como el salón estaba bien poblado de ultraderechistas, allí acabó la fiesta. O amainó, para ser exactos.

No faltó en el discurso, como es habitual, la tópica referencia a la prensa canallesca y es que resulta difícil de aceptar que haya periódicos y revistas que se mantienen por el simple procedimiento de que los lectores las compren. A Pedro Farias, que ha escrito siempre en periódicos oficiales, semejante realidad parece sentarle como un tiro.

La conferencia acabó como el rosario de la aurora, cuando al confrenciante se le terminó el fuelle y consideró que ya había dicho bastante. Entonces le puso el punto final y pudo recibir los entusiasmados parabienes de los miembros de su corte con quense que, con absoluta fidelidad, estuvieron bien atentos a la lección. Entre ellos pudo deslizarse un miembro de la ultraderecha, dispuesto a decirle un par de cosas a Pedro Farias, por aquello del rapto de José Antonio, pero los intermediarios estuvieron oportunos y el orador se libró de males mayores.

Luego, terminado el entusiasmo patriótico, cada cuál emprendió el camino de regreso, preguntándose unos a otros, más o menos abiertamente: ¿habrá también el año que viene? Y una ligera mirada de melancolía parece ser la respuesta de despedida a unos tiempos que se están yendo, por más amarras y piedras que se le colocan.